



En este apartado os proponemos una serie de recorridos que podemos hacer por Las Loras. Solamente son una muestra de las variadas rutas que podemos realizar; no hemos pretendido ser exhaustivos sino presentar aquellos rincones que hemos considerado más destacados dentro de esta comarca.

Aunque proponemos y señalamos una ruta determinada no es necesario hacerla tal y como la exponemos, se puede variar a voluntad del caminante recortando, añadiendo o tomando los atajos que cada uno crea conveniente. Más aún teniendo en cuenta que en muchos casos, para hacer las rutas, no hay caminos ni senderos señalizados por lo que su seguimiento trae consigo una cierta dificultad.

A tener en cuenta

- ✓ Disfruta de todo lo que la naturaleza te ofrece, pero déjala tal y como la encuentres.
- ✓ Respeta los ciclos vitales de plantas y animales, no los molestes en época de cría.
- ✓ Respeta el silencio y armonía que encuentras en la naturaleza, no alteres los distintos medios naturales por los que pases.
- ✓ Cuando haces las rutas no estás haciendo un maratón, tómatelo con calma y fíjate en lo que la naturaleza te brinda.
- ✓ Camina por las sendas para no degradar más la vegetación.
- ✓ Al hacer estos recorridos es muy recomendable llevar ropa y calzado que nos protejan.
- ✓ Cada día es más frecuente el encontrarnos con cercas ganaderas, debemos respetarlas y si nos encontramos alguna puerta dejarla como la encontremos.
- ✓ Antes de hacer la ruta léela y piensa en lo que puedes necesitar.
- ✓ Una vez terminada la ruta es conveniente repasar la ropa por ver si se nos ha adherido alguna garrapata.



Nos proponemos visitar uno de los puntos de mayor interés histórico y geológico, no sólo de la comarca, sino de parte del norte de España. La imponente presencia de la peña sobre la llanura y su pasado memorable hacen de ella un majestuoso escenario para el conocimiento histórico y el esparcimiento.

La peña Amaya es una típica “lora” elevada y aislada, situada al sur de la Cordillera Cantábrica. Su superficie está delimitada por los altos farallones calizos de paredes verticales que se elevan a unos 400 m. sobre el nivel medio circundante, llegando a alcanzar una altura máxima de 1.362 m. sobre el nivel del mar.

Morfológicamente, la peña está formada por dos plataformas calcáreas superpuestas a las que se puede acceder por muy pocos lugares. Este aspecto de inaccesibilidad fue aprovechado en la antigüedad por numerosos pueblos que habitaron el lugar, encontrándose testimonios documentados de su ocupación desde la Edad del Bronce hasta bien entrada la Edad Media.



El pueblo de Amaya se resguarda al pie de la Peña.

PEÑA AMAYA

CUÁNDO IR

Aunque la ruta se puede hacer en cualquier época del año, es conveniente realizarla en los meses de mayo a septiembre, época en la que la naturaleza despierta de su letargo invernal y nos muestra su máxima belleza a la vez que nos permite librarnos de los rigores del clima de la Peña. El recorrido supone la dificultad de subir y bajar algún cortado rocoso en los que hay que utilizar el calzado adecuado y tener una cierta precaución. Al movernos en zona montañosa es frecuente que sople el viento y, para mitigar sus efectos, es preferible hacer la ruta pegados a la pared sur. El recorrido se puede realizar tranquilamente en unas cinco horas.



Mapa topográfico

RECORRIDO

1. AMAYA

Al pie de la Peña, a su resguardo, se encuentra asentado el actual pueblo de Amaya, que hoy en día cuenta con un centenar de habitantes dedicados a la agricultura y ganadería como única fuente de riqueza.

Como edificio notable del pueblo debemos mencionar la iglesia dedicada a San Pedro, con una sencilla portada gótica y un atrio. La torre original no se conserva y la que podemos contemplar hoy fue elevada en el s. XVI. Delante de la iglesia se abre una pequeña plazoleta con una fuente moderna, obra del escultor Salaguti.

El caserío nos muestra una arquitectura popular característica con casas de piedra. En muchas de ellas podemos observar un gran portalón de entrada que permite el paso del carro hasta un patio central al que se adosan las distintas dependencias de la casa: cuadra, pajar, horno y habitáculo. Es interesante el sistema de cerramiento de los corrales y huertos a base de paredes de piedra de sillarejo sin argamasa de unión entre ellas.

El punto de partida para comenzar a caminar es una pequeña explanada situada a ambos lados de la carretera que va de Amaya a Villamartín de Villadiego, justo debajo del pueblo. En ella hay una frondosa arboleda de sauces, olmos y chopos que dan sombra a una pequeña fuente. Desde aquí, seguimos el camino abierto recientemente que bordea el pueblo e inicia la ascensión a la Peña. Si esta propuesta os alarga la caminata, también podéis subir con el coche hasta la explanada que se utiliza de aparcamiento.

A medida que vamos ascendiendo, empezamos a atravesar una zona de arenas blancas y algunos niveles más duros de areniscas, entre los que podemos encontrar abundantes restos de ostras fosilizadas. Más adelante, la composición del terreno cambia apareciendo margas de tono amarillo-grisáceo en las que son frecuentes los fósiles de braquiópodos (*terebrátulas*), así como erizos y ostras.



2. APARCAMIENTO

Continuando la ascensión llegamos a una explanada habilitada de aparcamiento, donde termina la pista que habíamos tomado. Desde aquí, seguimos un camino que ascendiendo se adentra por un pequeño paso tallado en la roca. Este paso fue, desde antiguo, la entrada natural al poblado ubicado en la Peña. Una vez cruzado, nos encontramos en una zona llana y amplia con una vegetación herbácea muy rala de pradera de diente donde pastorean frecuentemente las ovejas. Desde aquí divisamos, imponente, rodeada por farallones verticales, la Peña de El Castillo; se trata de un lugar de difícil acceso y utilizado como último reducto defensivo o "acrópolis" por los antiguos pobladores y donde estuvo el castillo medieval. Atravesamos la llanada siguiendo el camino que nos conduce hasta una serie de extraños amontonamientos de piedras que nos hablan de las sucesivas ocupaciones que allí han existido a lo largo de la historia. Los restos que vemos son parte de las paredes de las viviendas de la ocupación medieval.



Antes de comenzar la ruta recogemos un texto de Víctor de la Serna de su obra "La ruta de los Foramontanos" que dice "... Se alza la reina de los montes de Castilla la Vieja, la Peña Amaya, como una diosa. Es un espectáculo sobrecogedor. Al atardecer se pone violeta y plateada y parece que crece encima de sí misma... Amaya espera tu planta, lector. Y la tuya, lectora, que amas con ternura y con pasión, acaso sin saberlo, una tierra como ésta, que conmueve hasta la congoja cuando se la siente respirar como se respira aquí".



Mole de peña El Castillo.

amaya histórica



Restos del poblado medieval.

Los vestigios que nos han dejado los primeros pobladores de esta Peña se remontan a la época de la cultura campaniforme y del Bronce, continuando posteriormente a lo largo de la Edad del Hierro, época romana y alta Edad Media. De estos dos últimos periodos culturales se conocen numerosos testimonios arqueológicos y es cuando Amaya aparece citada en numerosas fuentes históricas escritas.

A finales del siglo I a. C., Amaya se hace presente en las guerras entre cántabros y romanos. Es entonces cuando

el emperador Augusto fija su campamento en Herrera de Pisuegra mientras que él se asienta en cercana Segisama (Sasamón). Al mismo tiempo establece una vía de comunicación entre estos dos lugares y la Peña, como si quisiera asegurar este enclave tan estratégico, a modo de cuña, dentro de territorio cántabro.

Con la decadencia del mundo romano, Amaya vuelve a resurgir y se transforma en la ciudad fuerte que tuvo que ser conquistada por el rey visigodo Leovigildo en el año 574. Posteriormente la convierte en la capital de uno de los ocho condados en los que dividió su reino. La invasión musulmana de la Península, ocurrida en el 711, puso fin al reino visigodo y, lo mismo que conquistaron su capital, Toledo, también conquistaron y destruyeron la plaza de Amaya. Así permanecerá hasta el año 860 en el que el conde Rodrigo la repuebla. A esta última fase de ocupación pertenecen estos restos de piedras que estamos viendo y que son testimonio de su caserío. La Reconquista es otro momento de florecimiento de Amaya en el que fue primitiva capital del condado de Castilla. A este aspecto hace referencia el viejo romance

...harto era Castilla un pequeño rincón, cuando Amaya era Cabeza e Hitero Mojón...". Con posterioridad perdió su importancia estratégica, la población se dispersó en el llano y la Peña se despobló definitivamente..

3. PEÑA EL CASTILLO

Desde las ruinas del poblado tomamos una senda a la izquierda que se dirige a la Peña El Castillo, que es la mole rocosa que tenemos encima de nosotros. Tras subir por la empinada pendiente, podemos observar unos muros de piedras ciclópeas que corresponden a los restos de una muralla que aislaba aún más el recinto de la acrópolis donde se asentó el castillo. Una vez traspasados, llegamos a la cima donde podemos apreciar el arranque de los muros y cómo la roca fue cincelada para asentar bien las piedras del castillo aquí existente. Es buen momento para pararnos a descansar y contemplar el bello paisaje que nos rodea. Hacia el sur podemos ver una gran parte de las tierras bajas de la cuenca del Duero, salpicadas de diminutos cuadros multicolores: verdes, rojos, pardos, dorados... cambiantes según la época del año en la que nos encontremos. Un poco más cerca, podemos admirar las viejas montañas que nos rodean, caracterizadas por sus crestas calizas mesozoicas de la Era Secundaria (Cretácico Superior) y que constituyen los relieves más importante de la región.

Si miramos al suroeste de la Peña, vemos una montaña aislada con la concavidad hacia arriba, como si quisiera unirse a la Peña Albacastro, situada a nuestra derecha. Se trata de un modelo que nos ayuda a entender perfectamente lo que es un sinclinar colgado, un relieve invertido.

Durante este emocionante paseo y posiblemente cuando nos hallemos contemplando el amplio horizonte que se abre ante nosotros como un remanso de paz, es muy probable que haga su aparición el peculiar "hombre de la Peña": Joselón, el guarda del enigmático poblado que yace bajo el suelo de la explanada. Sin duda os veréis sorprendidos por su amabilidad y su personal filosofía de la vida.

Después de recrearnos en el paisaje que se divisa desde El Castillo, continuamos nuestra ruta descendiendo por una estrecha rampa hasta el borde de la roca caliza; es la Puerta, que separa la Peña de El Castillo de la Muela. A nuestra derecha nos encontramos con una gruta sombría de poca profundidad, pero lo suficiente para refrescarnos del calor estival y sumirnos en otra sensación diferente. Desde aquí tomamos un sendero que discurre justo entre la base de la pared rocosa y la ladera. Continuamos el sendero hasta que la pared hace un giro hacia la izquierda y se presenta menos vertical al aparecer grandes bloques desprendidos por donde ascendemos a la Muela. Si hace mucho viento o frío, podemos continuar la ruta pegados a la roca para ascender mucho más adelante por el punto donde se separan los términos de Amaya y Villamartín.

Muralla de Peña El Castillo.



4. LA MUELA

En estos cortados que bordean la Muela anida una amplia representación de aves rupícolas que han hecho de las peñas su lugar ideal para su pervivencia. Así, nos encontramos una nutrida colonia de buitres leonados que veremos elevarse por los aires describiendo amplios círculos al aprovechar las corrientes térmicas que allí se originan. Es una rapaz muy abundante en toda la comarca de las Loras.

Otro pequeño carroñero es el alimoche, emigrante africano que nidifica en Amaya acompañándonos en primavera y verano con su grácil y clara silueta.

De vez en cuando se pueden ver en el cielo, surcando los aires lentamente, a las águilas reales. Su silueta es similar a la del buitre pero más oscura y carente de adorno en el cuello.

Raramente, el halcón peregrino puede hacer acto de presencia tanto en laderas y valles circundantes como sobre la propia Peña. Escapa con facilidad a la vista del visitante al ser su silueta más reducida y estilizada que la de los carroñeros y su vuelo más rápido y poderoso. También son frecuentes las chovas piquirrojas, que delatan su presencia por sus estridentes “quiaj”, “quiaj”. Se trata de un córvido sofisticado y lustroso, de pico y patas rojas, que habita los cantiles de montaña donde nidifica. Su alimentación es especializada, posee pico ligeramente curvo, adecuado para extraer los invertebrados rupícolas de los cuales se alimenta: moluscos, larvas, arañas, anélidos e insectos. Esta ave, aunque negra como sus congéneres los córvidos, dista mucho de las costumbres alimenticias de éstos.

Igualmente, nos encontramos con aviones roqueros, vencejos y golondrinas que surcan el cielo en apresurados movimientos.

A lo largo del recorrido ya realizado nos habrá llamado la atención la vegetación que nace entre las rocas y los pequeños

Buitre Leonado.

Águila Real.



arbustos, a veces auténticos bonsáis naturales, que salen de la roca viva y aprovechan cualquier fisura para introducir sus raíces y crecen adosados a las paredes en un alarde de fuerza y resistencia ante condiciones extremas: falta de suelo, fuertes vientos, fríos intensos y veranos calurosos. Entre este tipo de vegetación señalamos el escambrón alpino, el pumilo, el durillo y el grosellero alpino o tremoncillera. Éste último es un arbusto que suele crecer entre las rocas y laderas pedregosas de las montañas, sobre todo calizas, donde soporta las peores condiciones ambientales.

También podemos encontrarnos el agracejo, un arbusto espinoso de hoja caduca con espinas de color amarillo agrupadas de tres en tres. Sus frutos son alargados, de color rojo formando racimos colgantes.



Chopera o pumilo.

5. VÉRTICE GEODÉSICO

Una vez arriba nos hallamos con una plataforma rocosa casi pelada que atravesamos en dirección NW, para dirigirnos al punto más elevado, con 1.362 m, y que constituye un vértice geodésico de primer orden. A lo largo del trayecto, nos encontramos con pequeñas depresiones del terreno: son las dolinas, formas típicas de terrenos calcáreos que se forman por el hundimiento de antiguas grutas por la disolución de la roca caliza. A ellas van a parar las aguas de lluvia y de nieve que posteriormente, al filtrarse, dan origen al manantial de Hongarrera. Otro proceso erosivo que vemos es el conocido por gelifracción, consistente en la fragmentación de las rocas debido a las tensiones producidas al congelarse el agua contenida en sus grietas. El agua de lluvia o deshielo se introduce en las oquedades de las rocas; si la temperatura desciende por debajo de los cero grados, el agua se hiela y al solidificarse aumenta su volumen un 9%, forzando las paredes y aumentando las grietas hasta llegar a partir la piedra. Éste es el origen de la cantidad de láminas de rocas que encontramos en la superficie por la que caminamos.

Mar de nubes desde la cima.



Sobre esta explanada crece una vegetación herbácea rala, entre la que destaca por su abundancia el gamón, planta con hojas basales alargadas y anchas y con un tallo vertical densamente cubierto de flores blancas con tonos verdes que cuando fructifica forma una bola de color pardo. Donde la roca desaparece y hay un poco de tierra, la gayuba cubre el suelo y podemos encontrarnos grupos de lirios y hasta algún acebo que sobrevive en estas duras condiciones. En determinadas épocas del año, estas alturas son utilizadas por aves de paso como los alcaravanes.

En el vértice geodésico existe un buzón en el cual se puede dejar nuestra tarjeta de visita y recoger las de anteriores visitantes para contestarles.

Desde este punto, podemos echar un vistazo a nuestro alrededor para ver las montañas que nos rodean, mirando al valle a la izquierda, Peñacastro, al fondo hacia el este, la Ullaña, etc... y, si dirigimos nuestra mirada al oeste, podemos contemplar las montañas del norte de Palencia, el Espigüete de forma piramidal, los picos del Curavacas y el Tres Provincias con forma de "M". Si el día está muy claro, se pueden llegar a ver las azules aguas del pantano de Aguilar. Al acercamos al cortado podemos contemplar el valle de Humada con Villamartín de Villadiego a nuestros pies y, más al fondo, Humada; a su izquierda Fuente Odra y, seguidamente, Rebolledo Traspeña. También podemos seguir el curso del Odra que recorre el valle desde su nacimiento.



Euphorbia chamaebuxus.

La peña Amaya se sitúa al sur de la Cordillera Cantábrica y delimita dos regiones paisajísticas diferentes. La parte norte, con su clima atlántico templado-húmedo, se empieza a vislumbrar en algunos valles cercanos bien resguardados y profundos; hacia el sur, se abren las parameras burgalesas para dar paso a la Tierra de Campos.

Es de señalar el carácter de "Monte Isla" que se le asigna a la Peña, para diversas especies vegetales. Por eso, en la Peña Amaya, nos encontramos con algunas especies como la *Pontetilla nivalis*, la *Euphorbia chamaebuxus* que son frecuentes en los Picos de Europa y los Pirineos quedando estas poblaciones de la Peña aisladas en una zona intermedia entre ambas.

Peña Ullaña vista desde Peña Amaya.





El Tejo.

Seguimos ahora bordeando la cara norte y, tras recorrer unos cien metros, llegamos a un mojón que marca un sendero por el que descendemos al Cinto Sombrío. Al ser ésta una zona de umbría y de mayor humedad, la vegetación ya descrita (mostajo, escambrón alpino, grosellero alpino o gayuba) es más abundante y de mayor porte a la vez que aparecen otras especies que requieren más humedad como el torvisco. Como especie rara en esta zona encontramos el tejo, reliquia de lo que pudo ser la vegetación original de la Peña. Seguimos caminando por el Cinto Sombrío hasta llegar a “la Puerta” que atravesamos para descender directamente a la fuente de Hongarrera. El agua de esta fuente, hasta hace pocos años, era conducida a un depósito donde se almacenaba. Aprovechando el desnivel, el salto de agua producía la electricidad que, desde el año 1922, abastecía a los pueblos de Amaya, Peones, Puentes de Amaya. Así, hasta un total de diecisiete localidades, lo que hizo que fueran de los primeros pueblos de la provincia de Burgos que tuvieron luz eléctrica. El autor de esta obra fue el ingeniero García Bedoya cuya familia tiene su casa-palacio en Rioparaíso. Después de refrescarnos con el agua de la fuente, descendemos por una senda que baja directamente de la fuente al punto donde iniciamos el recorrido.

Ya de vuelta, bajo la arboleda desde donde iniciamos nuestro recorrido, disfrutamos de la sombra de los árboles y del frescor de la fuente. Esta vez, no para llenar cantimploras, sino para tomar directamente el líquido elemento que brota de la Peña... lugar donde, sin duda, habréis atesorado nuevas experiencias.